

blando de las calamidades de la época: "Hace ya tiempo, decía el papa, que venimos presenciando las agitaciones de que es víctima la sociedad civil, sobre todo en nuestros días, á causa de la violenta lucha que tienen empeñada principios opuestos, la verdad y el error, la virtud y el vicio, la luz y las tinieblas, porque ciertos hombres favorecen de una parte lo que ellos llaman la civilización moderna; mientras que otros defienden los derechos de la justicia y de nuestra santa religión. Exigen los primeros que el santo pontífice se reconcilie y se ponga de acuerdo con el progreso y con el liberalismo, tales son sus palabras, ó sea con la civilización moderna. Pero los otros reclaman con razón que los principios inmutables é incontrastables de la justicia eterna sean conservados sin alteración, y piden que se guarde intacta la fuerza saludable de nuestra divina religión, la única que puede extender la gloria de Dios y aplicar medios saludables á los males que afligen á la humanidad, siendo también la única y verdadera regla con la que los hijos de los hombres pueden adquirir en esta vida mortal el tesoro de la virtud y encaminarse hacia el puerto de la bienaventuraza," (1).

De esta manera atestigua Pío IX que existe guerra á muerte entre el catolicismo y la civilización moderna; y no es solamente una lucha política, es lucha de fe y de creencia. ¿Cuáles son las palabras de orden de la civilización moderna? Progreso y liberalismo, es decir, progreso en la senda de la libertad. A esos principios opone el papa la inmutabilidad de la religión católica y de la Iglesia; la cual tiene á su favor la verdad revelada y la eterna justicia. ¿Acaso puede cambiar y progresar la verdad divina? ¿Puede la justicia eterna ser diferente hoy de lo que era ayer? Lo que cambia son las vanas opiniones de los hombres, es el error; la verdad es una y siempre la misma. ¿Qué es, por tanto, la civilización moderna, con su progreso y su liberalismo? Es el imperio de las pasiones humanas; es el reino de las tinieblas, donde imperan los ángeles caídos; otro reino diverso es el de la luz, el cual vino á inaugurar Jesucristo. Y ¿quién nos muestra el camino para llegar á él? La Iglesia, su Esposa. Y ¿se quiere que el jefe de la Iglesia, vicario de Cristo, se reconcilie con una ci-

(1) *Journal historique et littéraire*, t. xxviii, p. 8.

vilización que procede de las tinieblas y que difunde el error y el vicio?

La oposición que el papa señala entre el catolicismo y la civilización moderna es evidente; y si aquél procede de Dios, si es el reino de la luz, la civilización moderna, que le es contraria, no puede ser más que el reino de las tinieblas. Nótese, sin embargo, que en esa lucha del error contra la verdad, va perdiendo ésta y ganando aquél. Tiene razón Pío IX en decir que la lucha es de larga fecha; no se ha verificado un cambio en la sociedad civil ni se ha hecho una revolución en las ideas, desde la Edad Media en adelante, que no se haya vuelto contra el catolicismo y contra la Iglesia; y tal es la fatalidad que pesa sobre la religión católica, que hasta los grandes acontecimientos en que el papado ha tenido la iniciativa han terminado por disminuir la autoridad de la Iglesia y por amenguar la fe tradicional; tal sucedió con las cruzadas y con el Renacimiento. Las guerras emprendidas al grito de *¡Dios lo quiere!*, guerras predicadas por los papas, guerras santas por excelencia, que principiaron con un desbordamiento de crédula fe, concluyeron por la incredulidad. Y en cuanto al siglo XV, al proteger los papas el renacimiento de las antiguas letras, de seguro no sospechaban que con ello iban acariciando y alimentando al enemigo mortal del cristianismo (a), á ese espíritu de libre examen que ya se había manifestado en la Edad Media, bajo la inspiración de Aristóteles, y que adquirió una fuerza inmensa cuando la antigüedad griega salió de su tumba para reanudar la lucha del helenismo contra la religión del Cristo. Y fué creciendo la incredulidad hasta que produjo la borrasca del último siglo, y á despecho de la reacción religiosa continúa en sus destrozos.

Tal es la causa primera de la lucha entre la civilización moderna y el catolicismo, lucha que Pío IX deplora á cada paso. Apartándose la sociedad cada vez más de la fe católica, es natural que todas las manifestaciones de la civilización sean hostiles á la Iglesia y á la religión tradicional. A partir de la Edad Media se ha verificado un doble

(a) No lo entienden así los verdaderos cristianos. No lo entendieron así los Tertulianos y menos el fundador del cristianismo. Pero ¿qué más? ¿No nos ha dicho Laurent, y lo sabe todo el mundo, que el libre examen arranca de la Reforma y entraña en la doctrina del Cristo?—(N. del T.)

movimiento que ha producido la civilización moderna; de una parte se seculariza el Estado, y de otra reclama el individuo sus derechos, ó sea su libertad. La secularización del Estado no es otra cosa más que su independencia y su soberanía. En la Edad Media, la Iglesia dominaba sobre el Estado y los papas sobre los reyes. Pero desde que el Estado tuvo conciencia de su poder soberano, sacudió el yugo de su poder espiritual. Esa emancipación no fué en el principio más que una rebelión antireligiosa; el rey que tomó la iniciativa de la resistencia contra las usurpaciones de la santa sede y contra las invasiones de la Iglesia fué Luis IX, el más santo de los reyes. Eso prueba que la secularización en sí misma es muy legítima y se concilia perfectamente con el interés de la religión. ¿Por qué emplea la Iglesia tanta rudeza en defender sus inmunidades contra el Estado? ¿Por qué se obstinaron los papas en reclamar un poder directo é indirecto sobre lo temporal? La Iglesia llamaba derechos divinos sus inmunidades, y hacía consistir en ellos su libertad; era realmente una cuestión de dominación; y como la dominación de la Iglesia era incompatible con la soberanía civil, el verdadero derecho divino estaba á favor del Estado y de los monarcas, órganos de las naciones soberanas.

Hé ahí por qué continuó la obra de la secularización, no obstante la resistencia de la Iglesia; y la Reforma dió la sanción religiosa al derecho de los pueblos; derecho que la filosofía reclamó en nombre de la razón. En 1789 se consumó la secularización; se separó la religión del Estado, se apoderó la nación del poder soberano, y declaró indivisible esa soberanía para mostrar que no la quería compartir con la Iglesia. Á eso es á lo que llaman los ultramontanos apostasia ó ateísmo del Estado. Había realmente apostasia en el sentido de que la sociedad no quería ya que los dogmas del catolicismo fuesen una ley para el Estado; y si no lo quería, es porque ya había dejado de ser católica, como lo había sido en la Edad Media. ¿Quiere esto decir que el Estado se hiciese ateo? Más cierto sería decir que el Estado era ateo cuando sufría la dominación de la Iglesia, porque su Dios era un hombre, el papa, y su religión una idolatría. La revolución que realizó la secularización del Estado fué todo menos que atea; en 1789 proclamó los derechos del hombre en presencia de Dios, y en 1793

declaró que la república reconocía un Ser Supremo. Una sola cosa es cierta, y es que la religión de la Revolución no era la de Roma. En ese sentido también es cierto que había apostasia, pero no ateísmo. La tentativa que hizo la Revolución para establecer una religión nueva fracasó; pero eso no obsta para que el Estado continuase separado de la religión. Hay más: el Estado en cierto modo ocupó el lugar de la Iglesia; había ésta presidido durante muchos siglos á la educación de la humanidad, y en 1789 se apoderó el Estado de la educación y de la instrucción de las nuevas generaciones; tenía la ambición de ser un poder espiritual lo mismo que temporal. Y también en este sentido la soberanía del Estado significa la decadencia de la Iglesia.

¿Quiere eso decir que el Estado pretenda continuar la dominación que ejercía la Iglesia sobre las inteligencias? No, la Iglesia quería dominar sobre las almas, y quitaba al Estado su independencia y á los individuos su libertad. El Estado despojó á la Iglesia del poder que había usurpado, y devolvió á los individuos los derechos que la Iglesia les rehusaba. La Revolución, lejos de continuar el despotismo del antiguo régimen, abrió una era de libertad; aquella misma declaración que proclamó la soberanía nacional consagró también los derechos naturales del individuo que la Iglesia había desconocido y menospreciado, puesto que, no reconociendo la libertad del pensamiento, negaba por ello mismo toda libertad civil y política. Para retener á los pueblos en aquella sujeción, la Iglesia se alió con la monarquía absoluta, y consintió sacrificar para ello una parte de su independencia. Fué, pues, necesario conquistar los derechos del hombre contra las dos potestades que se habían aliado para oprimirlos; y ¿quiénes fueron los conquistadores? Los filósofos que prepararon la Revolución y ésta que consagró sus principios y los extendió por el mundo entero.

Ahora se comprenderá cuán cierto es que el catolicismo y la civilización moderna son inconciliables. Esta última procede de un movimiento bajo todos sentidos hostil á la Iglesia, movimiento de incredulidad, de secularización, de libertad civil y política; la Revolución fué la explosión violenta de todas las ideas, de todos los sentimientos anticatólicos que germinaban en la sociedad; si hubiese triunfado la Iglesia, el cristianismo tradicional y el pontificado hubieran concluido. [Y se quiere que

este último se reconcilie con la Revolución! Dice bien Pío IX que eso equivale á reconciliar la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la virtud y el vicio. A los que piden al papa que dé su mano á la civilización moderna en bien mismo de la religión, responde el papa "que el vicario de Jesucristo está divinamente instituido para mantener la pureza de su celestial doctrina. ¿Cómo había de asociarse á la civilización moderna sin gravísimo peligro de su conciencia y sin grande escándalo para todos? ¿Acaso no es esa civilización la que produce los males que no podrán ser nunca bastante deplorados? ¿La que produce tantas opiniones funestas, tantos errores y principios que están en oposición con la religión católica y con su doctrina? Esa civilización moderna favorece todos los cultos no católicos, y facilita el acceso de los mismos infieles á los cargos públicos; se irrita contra las congregaciones religiosas, contra los establecimientos de instrucción dirigidos por la Iglesia... Y mientras que otorga favores á las instituciones no católicas, despoja de sus bienes á la Iglesia y emplea todos sus esfuerzos para destruir su autoridad. ¿Puede el soberano pontífice tender una mano amiga á semejante civilización?" (1).

Bajo el punto de vista del cristianismo tradicional, no hay nada más cierto: Pío IX está en su terreno cuando declara que la civilización moderna hace guerra á muerte á la Iglesia y á la religión y cuando les devuelve guerra por guerra. Comprendemos que el ánimo invencible del viejo pontífice excite la admiración de los verdaderos creyentes; pero no perciben que, cuanto más celebran al papa porque lucha contra el progreso y el liberalismo, ahondan más el abismo que separa la Iglesia de la sociedad. ¿Creen ellos seriamente que es la sociedad la que más se expone á ser tragada por el abismo? Oigamos á uno de esos panegiristas: "qué hermoso es, dice el obispo de Tournay (2), ver á ese santo viejo que ni se dobla bajo el peso de los años ni bajo el de las adversidades, verlo en el momento en que, abandonado de todo socorro humano, parecía que la Providencia aconsejaba el empleo de alguna flexibilidad para no suscitar nuevas tempestades; qué hermoso es re-

(1) *Alocución de Pío IX en el Consistorio*, del 18 de Marzo de 1861 (*Journal historique et littéraire*, t. XXVIII, p. 9-10).

(2) *Mandamiento de Cuaremas*, de 1865, del obispo de Tournay (*Le Bien public*, del 1.º de Febrero de 1865).

petimos, verle despreciando esos cálculos de prudencia humana, y, sin ningún temor, levantar atrevidamente la voz para dar solemnes lecciones á los reyes y á los pueblos, á los doctos infatuados con su ciencia y á los impíos y demagogos triunfantes; verle condenando implacablemente los errores más difundidos y más poderosamente apoyados, y vengándose así de todos y contra todos, al mostrar los derechos olvidados de la verdad, de la justicia y de la virtud..

Monseñor de Tournay, en la pomposa enumeración de aquellos cuyos errores condena la Enciclica, ha olvidado á los católicos liberales. Y ¿por qué condena el papa á sus defensores? ¿Por qué rechaza la alianza de la religión y de la libertad que el liberalismo católico señala como condición de salud para la Iglesia y el cristianismo? ¿Sería acaso por un interés de conservación? ¿No entraña el liberalismo católico los principios y las libertades del 89? Y ¿no se proclamaron unos y otras aparte de la Iglesia y contra la Iglesia? Luego lo que el papa combate es la Revolución, bajo el nombre de *progreso, liberalismo y civilización moderna*. Hay, sin embargo, entre los católicos hombres afectos á los principios de la Revolución, y el papa les dirige una solemne advertencia, queriendo extirpar el germen del cisma que amenaza dividir el mundo católico en dos bandos, *liberales y ultramontanos*. Hé aquí un aspecto de la Enciclica que nuestros obispos dejan en la sombra. Pero es inútil que guarden silencio, porque la oposición existe y los apologistas de Pío IX no hacen más que agravarla: cuanto más ensalzan al papa, más apartan de él y de sus doctrinas á los que, á despecho de la Enciclica, continúan afiliados á las libertades del 89 y á la civilización moderna.

¿Es verdad que, como dice el obispo de Tournay, "el mundo católico se ha estremecido al oír esa palabra llena de fuerza y de majestad, que es la única luz y la salvación de todo él?" Si la Enciclica es la luz del mundo, hay que confesar que una gran parte de él ha estado en las tinieblas del error, todos aquellos que desean, si no la alianza, por lo menos la conciliación de la libertad y de la religión. Pero ¿han vuelto de su error? ¿Ven la salvación del mundo en la doctrina de la Enciclica? Bien lejos de ello, siguen empleando toda clase de argucias y de sutilezas para hacer decir al papa lo contrario de lo que dice. La división por

lo tanto, continúa, y no se la atajará con frases como las que acabamos de copiar. La pastoral añade, no sabemos si con seriedad, "que la irreligión, herida mortalmente y perseguida hasta en sus últimos atrincheramientos, ha rugido de cólera, y que su furor se exhala en invectivas las más violentas." Es imposible que la ilusión de los católicos llegue hasta creer que los enemigos de la Iglesia se han espantado al leer la Enciclica; por el contrario, se han regocijado, puesto que da una confirmación irrefragable á sus antipatías y á sus acusaciones. ¿De qué acusan ellos á la Iglesia? ¿Por qué la abandonan con indiferencia ó con odio? La acusan de ser irreconciliable con la civilización moderna é incompatible con la libertad, y hé ahí que el papa viene á darles la razón contra los católicos liberales. ¿Quién es el que debe estremecerse? Seguramente que no son los incrédulos. ¿No deberían serlo los católicos liberales?

¿Es cierto "que el papado es más fuerte y más respetado en su debilidad que lo fué nunca en sus prosperidades?" ¡Singular medio de fortalecerse es el de rechazar á sus amigos ó el de desesperarlos, mientras que se regocijan los enemigos! La pastoral continúa. "El papado lleva con la mano más firme que nunca la antorcha de la verdadera luz, para alumbrar á las conciencias que se extravían y para advertir á las naciones y á los gobiernos los peligros á que se exponen al seguir las falsas doctrinas que él condena." Pues hé ahí una luz que ha pasado desapercibida. Los católicos liberales persisten en sus errores, y los prefieren á la verdad que viene de Roma. Y en cuanto á los pueblos y los gobiernos, ni siquiera se han apercibido de los peligros que corrian; y ¡qué digo! hay gobiernos que han creído que la Enciclica podía turbar las conciencias, y han prohibido su publicación oficial.

El obispo de Tournay confiesa que la Enciclica ha puesto el dedo en las llagas más sensibles y más profundas de nuestra época. El médico no toca las llagas más que para curarlas: ¿ha hecho eso la Enciclica? La sociedad padece un mal grave, es verdad; no tiene ya fe en lo pasado, y no puede vivir sin religión. Hay muchos que permanecen ligados al cristianismo tradicional, pero que también sienten la necesidad de ser libres. Antes de la Enciclica de 1863 podían mantener algunas ilusiones; ¡se les había dicho tantas veces que Gre-

gorio XVI no había querido condenar la libertad! Pero hé ahí que Pío IX, el papa liberal, rechaza francamente el liberalismo y la civilización moderna. ¡Qué angustias no han debido experimentar los verdaderos creyentes cuando el papa les ha arrebatado sus últimas esperanzas! Esa es la imagen de la lucha entre el pasado y el porvenir. Hasta lo de ahora, el dolor que acompaña necesariamente á las épocas de transición sólo lo padecían aquellos que abandonaban el cristianismo tradicional; pero la Enciclica lleva la lucha con todos sus dolores al seno mismo de la Iglesia. ¿Qué hay en esto para cantar victoria? Los que continúan católicos, ¿no deben temer el cisma latente que el mismo papa les denuncia? Nadie más que los librepensadores tienen motivos para aplaudir la Enciclica, la cual acabará por separar de la Iglesia á todos aquellos que aman de veras la libertad.

Después de esto, ¿habrá todavía que ensalzar á Pío IX y á su obra? Hablan de él los ultramontanos como se pudiera hablar de un profeta ó de un revelador: "Pío IX, dice Mr. Veullot, será, es bien seguro, el guía y el reparador que invoque ardientemente la inteligencia humana fatigada de su anarquía y espantada de sus miserias," (1). Nunca ha habido profecía más falsa: ni la humanidad está fatigada de su anarquía, porque lo que llaman anarquía los católicos es la condición natural del ser humano, la investigación de la verdad bajo la inspiración de Dios; y aun cuando alguna vez esa investigación no esté exenta de angustias, éstas no son miserias de que tenga que espantarse la razón, porque, al contrario, hacen su gloria. Sólo las almas débiles se entregan con pasión á las creencias tradicionales, y Pío IX tiene una de esas almas; es la imagen del combate que el catolicismo libra á la sociedad moderna; y á decir verdad, en los hombres del pasado, más que fuerza y grandeza, se advierte debilidad y obcecación. Da lástima ver á esos aparecidos de otras edades tratando de resucitar en el siglo XIX instituciones, ideas y sentimientos de un estado social que ha muerto y que está enterrado. Según el papa, quien se engaña es la civilización moderna, y es la santa sede la que ha iniciado la verdadera civilización: "Los monu-

(1) VEULLOT, *Misceláneas religiosas, filosóficas y literarias*, tomo IV, p. 5.—IBID., p. 3: "Él será grande y dominará el mundo."

mentos históricos, dice, lo atestiguan con elocuencia: en todos los siglos ha sido el papado quien llevó hasta las comarcas más lejanas y más bárbaras la verdadera humanidad, la verdadera disciplina, la verdadera sabiduría. Pero al presente se llama civilización el sistema inventado para debilitar y quizá para arruinar la Iglesia. No, continúa el papa, jamás la santa sede ni el pontífice romano podrán aliarse con semejante civilización. ¿Qué pueden tener de común, dice el apóstol, la *justicia* con la *iniquidad*? ¿Qué sociedad cabe entre la *luz* y las *tinieblas*? ¿Qué pacto puede existir entre el *Cristo* y *Belial*? (1).

Ahí tenéis que nuestra civilización, obra de las tinieblas y de la iniquidad, procede del mismo Belial; y es el vicario infalible de Dios el que pronuncia esa sentencia contra todo lo que se ha hecho de tres ó cuatro siglos á esta parte, ó, mejor dicho, desde la Edad Media. Pero hay alguno más infalible que el papa, y es Dios, de quien él pretende ser órgano, y Dios manifiesta sus designios en la historia; ved los grandes hechos contra los cuales protesta hoy el papado: el movimiento de libertad que comienza con la emancipación de los condejes; la libertad de pensar, que trae su origen del Renacimiento; el movimiento anticatólico que tiene sus raíces en la Edad Media y que brota como el rayo en el siglo XVI y en el XVIII; pues todas esas revoluciones que no forman más que una sola son la obra de Dios. ¡Ved, pues, ahí al vicario de Dios que combate contra Dios! El es el Belial que quisiera arrastrar otra vez la humanidad al culto de los ídolos; él es el hombre de las tinieblas que cree que á su voz abandonarán los pueblos las sendas de la razón para volver á entrar por las de una fe ciega; él es el maestro de iniquidad que trata de someter los hombres al antiguo régimen de esclavitud civil y política y de opresión intelectual y moral. ¡Tentativa vana tanto como impía! ¿Cuándo se ha visto que la sociedad retroceda hacia el pasado? Nunca, así como no puede retroceder el individuo, que sigue, por el contrario, sus evoluciones sucesivas de crecimiento; es tan imposible que los pueblos abandonen las nociones adquiridas de libertad, de religión y del derecho para seguir las nociones menos claras que les habían bastado

(1) *Alocución de Pío IX en el Consistorio secreto*, del 18 de Marzo de 1861 (*Journal historique et littéraire*, t. XXVIII, p. 11).

en su infancia, como imposible sería á la creación entera el remontar la corriente del tiempo y retroceder hasta su origen (1). ¡Ciegos son los que no ven lo que es más claro que la luz del mediodía!

II

Los defensores del papado han hecho desesperados esfuerzos para calmar las inquietudes y las desconfianzas que ha despertado la Encíclica de Pío IX. Pero el papa está en lo cierto; no hay sutilezas de abogado ni distinciones de teólogo que puedan cambiar la realidad de las cosas. En efecto, hay un abismo entre la civilización moderna y la religión católica, abismo que se ensancha todos los días, porque la humanidad avanza sin cesar en los senderos del porvenir, mientras que la fatalidad obliga al papado á permanecer inmóvil en las sendas de los tiempos que pasaron; y la resistencia no hace más que precipitar el resultado inevitable de la lucha. ¿Qué es, en definitiva, la civilización moderna que el papa ha rechazado y anatematizado desde las alturas del Vaticano? Pues es la expresión de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, y forma por tanto la esencia de nuestra vida. Y ¿qué es lo que dicen los apologistas de la Iglesia de esta civilización? Oigamos primero á los bravucones de Roma.

Ahí están los padres de la *Civiltà Cattolica* para decirnos por qué rechaza el papa la civilización moderna: es porque se llama *naturalismo*, *ateísmo* y *materialismo*;—necesitaban añadir *panteísmo* y *socialismo*.—Lo más notable que hay en la crítica que los jesuitas hacen de esas abominaciones es el que la refieren á la paz de Westfalia, cosa que nadie sospechaba que fuese aquella paz el primer origen de los males que han invadido al mundo. Pero ¿qué es lo que tienen de común con el *ateísmo*, el *naturalismo* y el *materialismo* los tratados de Munster y de Osnabruck? Es que, á partir de aquella funesta paz, dejó la religión de dominar en la política; ya no hubo guerras de religión como la de treinta años, al cabo de la cual católicos y protestantes habían olvidado sus catecismos; ya no hubo noches de San Bartolomé ni conspiraciones de la pólvora; y todo eso ¿por qué? Porque la paz

(1) Palabras de LAMENNAIS, *Affaires de Rome* (*Œuvres*, tomo VIII, p. 288-290).

de Westfalia consagró la libertad de conciencia. ¡Abominable libertad! Desde que los hombres no están ya obligados á creer en el papa, creen en la razón como en una luz divina. ¡Puro ateísmo y materialismo puro! (1).

Ahora conocemos ya la peste llamada civilización moderna; consiste en la independencia de la razón. La Iglesia no puede admitir esa independencia, porque su dogma fundamental es lo contrario, y el dogma de la Iglesia es la verdad. Por lo tanto, cuando declara dependiente á la razón y ésta no quiere escucharla, es claro que la razón se rebela contra Dios, puesto que la Iglesia es Dios. Rebelarse contra Dios es negar á Dios, y de ahí el *ateísmo* y todos los males que le acompañan. Por los frutos conoceréis al árbol. En 1789, la razón se puso á construir una sociedad nueva arrojando el yugo de la Iglesia; á ésa se llama en el lenguaje liberal era de la civilización moderna. ¡Magnífica civilización! En su bandera se hallan escritas las palabras libertad, igualdad y fraternidad. ¡Ahí tenéis los famosos principios del 89! Barbarie pura que ha suplantado á la verdadera civilización la del antiguo régimen, en que los hombres estaban sometidos al capricho del Señor, en que había hogueras para los herejes y hechiceros, y en que los pueblos se desgarraban en luchas fratricidas para acreditar su amor á Dios. Y ¡se quiere que la santa sede, custodio de esas santas máximas de la antigüedad, se reconcilie con aquella barbarie! No, exclama el Monitor del papado: "Es tan imposible reconciliar á la Iglesia con los principios del nuevo derecho público como el que Cristo se reconcilie con Belial," (2).

Hé aquí otra apología de la Encíclica: un *discurso pronunciado por el obispo de Aquila en la sesión última de la Academia de la religión católica*. Los periódicos ultramontanos se han apresurado á reproducirle como un comentario de la proposición del *Syllabus* que declara á la civilización moderna incompatible con el catolicismo (3). El orador comienza con esta máxima un poco banal: "Que la Europa está en una pendiente fatal que conduce rápidamente á la perdición de las almas y á la ruina de la sociedad." Verdad es que la sociedad se

ostenta más floreciente que nunca; nuevos inventos cada día, y todos los días abriéndose nuevas fuentes de riqueza. Pero desconfiad de las apariencias; esas exterioridades espléndidas no son más "que un traje de seda con que se cubre una impúdica cortesana, un mármol blanco que sirve de tapa á un *fétido sepulcro*." ¡De este modo, nuestra civilización, de la cual estamos tan orgullosos, es una impúdica cortesana, y los progresos de que nos vanagloriamos son un *fétido sepulcro*!

Lo del *fétido sepulcro* es una flor de retórica. El obispo de Aquila no pronuncia la oración fúnebre de la sociedad moderna; vive todavía, pero ¡qué vida! Está atacada de tres ó cuatro enfermedades, cada una de las cuales es mortal. Tiene por de pronto "el *racionalismo*, ó la emancipación de la razón de toda autoridad divina en materia de dogma." Hé ahí un mal que bastaría para matar á los pueblos. Prueba de ello es que la humanidad ha vivido durante siglos sin acordarse de la autoridad divina á la cual debía someter su cuello; y todavía hoy la mayor parte del género humano ignora que haya una Sagrada Escritura, una santa Iglesia y un santo pontífice romano. Viene luego el cesarismo; y no vayáis á creer que es la dominación de un César lo que rechaza el obispo italiano, es "la emancipación del poder social de toda autoridad divina en materias políticas." Este síntoma de la enfermedad de que adolece el mundo civilizado es alarmante, y vulgarmente se le llama independencia del poder civil. Ved ahora cómo cunde el veneno, puesto que ha atacado á los mismos ungidos del Señor y aun á los arzobispos cardenales; ya hemos oído al primado de Bélgica que protestaba de su profundo respeto á la completa independencia del poder civil cuando se trataba del bienestar temporal de los hombres. En tercer lugar señala el orador el anticatolicismo, ó sea la aversión, el odio implacable que muchas gentes profesan á la Iglesia católica y á sus instituciones. Ese síntoma, aunque alarmante, no debe desalentarnos; nos tranquiliza un poco el que ya en la Edad Media deploraban los concilios y los papas el odio que los seglares tenían al clero, y por tanto, á la Iglesia, sobre todo á las instituciones, tales como el diezmo, las inmunidades y todo aquello que se denominaba el derecho divino ó la libertad de nuestra santa madre. Por último, viene el sensualismo, ó "la emancipación de la carne de toda autoridad divina

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. IV, p. 888 y siguientes.

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. VII, p. 390, 391, 395.

(3) *Le Bien public*, del 15 de Enero de 1865.